

Pablo Aravena Núñez.

La inactualidad de Bolívar. Anacronismo, mito y conciencia histórica.

Ril Editores, 2022.

Lo primero que llama la atención del libro de Pablo Aravena Núñez es su título: *La inactualidad de Bolívar. Anacronismo, mito y conciencia histórica*. ¿“Inactualidad”? ¿Por qué? Puede encontrarse allí una voluntad polemista que despierta curiosidad y cierta incomodidad histórica, teórica y política, a la vez que combina erudición historiográfica, pensamiento filosófico e inquietudes políticas.

La estructura del libro también es llamativa. Podemos dividirlo en dos grandes partes que se van articulando como una gran mamushka, cuya capa superior se despliega en un presente que va conteniendo distintos pasados. En la primera parte, compuesta por la “Introducción” y el capítulo 1, se presentan, por un lado, el tema-problema general, los objetivos, hipótesis, marcos teórico-metodológicos, y los conceptos clave: “conciencia histórica”, “anacronismo”, “regímenes

de historicidad”, “presentismo”, “operación histórica” e “inactualidad”, atravesados por los aportes de Koselleck, Hartog, de Certeau, Benjamin, Didi-Huberman, Jameson, entre otros. Y, además, se abordan problemas políticos e historiográficos actuales que derivan de usos del pasado, en particular, de ciertas representaciones de Bolívar y del bolivarismo contemporáneo, y de su “patrimonialización”, que el autor considera nocivas para el devenir de la operación histórica, ya que provocan su “obstrucción”. Aquí se analizan los problemas que Aravena denomina la “baja de la conciencia histórica”, la “banalización de la historia en el actual discurso bolivariano”, y la “trivialización del pasado”, como partes de la “lógica cultural imperante” de “un mundo globalizado”, del “capitalismo tardío”, neoliberal. En la segunda parte del libro, compuesta por los capítulos segundo y tercero y las Conclusi-



siones, se reconstruyen históricamente el pensamiento y *praxis* política de Bolívar, su “conciencia histórica”, y el contexto intelectual latinoamericano y europeo en el que se enmarcan. Aquí aparece otro concepto clave, el de “pasado práctico”, tomado de White, que Aravena aplica en el abordaje de las ideas de pasado e historia del propio Bolívar, y de su articulación con el devenir de sus proyectos y de sus miradas sobre el futuro.

El libro va entonces del presente al pasado, no solo en términos cronológicos, sino, y principalmente, en términos de cómo se concibe el tiempo y la historia: de la “última versión del bolivarismo latinoamericano” –optimista, en un presente “presentista”, que trivializa el pasado y prescindir del futuro– al “último Bolívar” –pesimista, en un pasado moderno, que mira desde un presente convulsionado hacia un futuro que juzga incierto–. Aravena presenta un diagnóstico crítico de nuestra época, pero, en el devenir del texto, ilumina un camino posible en el que, como reza en sus epígrafes iniciales, “Bolívar tiene que hacer en América todavía”, tomando las palabras de Martí, y en el que podemos “actuar inactualmente, es decir contra la época y, por lo tanto, sobre la época, y es de esperar que a favor de una época venidera”, siguiendo a Nietzsche.

El libro es quizás también un duro golpe para quienes sostienen una figura monolítica (mítica, patrimonialista) de Bolívar, tanto impoluta, casi divina, inobjetable como todo lo contrario, negativa, nociva, hasta tiránica. Vale mencionar aquí la idea-metáfora de “caleidoscopio” que propone Tomás Straka, en su “Presentación” del libro, para describir el bolivarismo como un “fenómeno dúctil”, que se puede entender como “el conjunto de las doctrinas que se inspiran (...) en la vida y el pensamiento de Simón Bolívar”, aunque “el contenido de cada una de ellas puede variar tanto que, en ocasiones, llegan a ser contrapuestas”. Así, en el libro de Aravena, se opera justamente poniendo en evidencia, con evidencias, la complejidad no solo del pensamiento y *praxis* de Bolívar, sino también la de escribir su historia.

El autor elabora una genealogía intelectual-política del Libertador, rastreando sus “ancestros” y “contemporáneos” (por ejemplo, Montesquieu, Voltaire, Hegel, Hobbes, entre otros). Y analiza “la racionalidad con la que Bolívar construyó el proyecto político hispanoamericano”, la que designa bajo el concepto de “conciencia histórica”, entendida como “la experiencia moderna del tiempo al interior de la cual se articulan, de manera específica, las

tres dimensiones temporales que estructuran dicha experiencia: el *pasado* (como reservorio de experiencias que posibilitan, a la vez que limitan, el repertorio de la acción), el *futuro* (como espacio de lo deseado, pero posible) que se exige en un *presente* (dilemático o en crisis)". Una aproximación a un Bolívar que, como paradigma de la ilustración latinoamericana, "construyó su proyecto político en base a la rigurosa articulación (con los límites de su formación intelectual, clase y época) entre lectura del pasado americano y planeamiento político, es decir, mediante la articulación, o producción, de conciencia histórica" (Aravena 26). Por eso, para Aravena, Bolívar es "una figura 'inactual'", frente a lo que propone un "ejercicio de 'inactualidad": "hacer comparecer" a la conciencia histórica (que encarnó Bolívar) en una época que parece haber extraviado el futuro. Ejercicio que se enmarca en una mirada crítica hacia el "régimen de historicidad presentista" que, según el autor, siguiendo a Hartog, caracteriza la experiencia del tiempo en la actualidad: "el futuro sería una dimensión atrofiada. El presente se expande, se espacializa, y el pasado se desrealiza y circula, fragmentado" (Aravena 26).

Frente a esta "desrealización" del pasado, hay un intento de reconstruir la vida de Bolívar, para

comprender el devenir de su figura, de su tiempo, de sus diferentes usos e invocaciones, y sus implicancias. En este sentido, Aravena aclara que, "contra el sentido común progresista, aquí no identificamos la labor crítica de lo existente con los enunciados sobre 'la actualidad de Bolívar' (¡Bolívar ya lo había advertido! ¡Esto mismo ya ocurría en su tiempo! ¡Ya dijo él lo que había que hacer... hagámoslo ahora!), sino con los de su inactualidad, en la medida que ilumina *lo que falta hoy*" (Aravena 27). Para hacer evidentes las diferencias, Aravena reconstruye el "pasado práctico" de Bolívar, aquel al que, en palabras de White, recurrimos "para obtener información, ideas, modelos y estrategias que nos ayuden a resolver todos los problemas prácticos con los que nos encontramos en (...) nuestra situación presente" (Aravena 153).

Pero también, en el devenir de esa "conciencia histórica", Aravena encuentra que "la proliferación del recurso figurativo del tiempo y lo futuro llega hasta 1830, cuando en su 'Mensaje al Congreso Constituyente de Colombia' [20 de enero de 1830], Bolívar pierde de vista el futuro", ya que entonces, para él, "lo que hay entre presente y futuro es un abismo tan grande como el que se hunde en el pasado" (Aravena 190). Esto nos lleva al "último Bolívar". En aquel "Mensaje", Bolívar

ejerce un “último enérgico llamado a la acción”, a la vez que “no oculta los fracasos, pero tampoco abdica de la Historia: ‘la experiencia de veinte años de revolución, han de servirnos como otros tantos fanales en medio de las tinieblas de lo futuro’”. Esto ofrece, según el autor, “un desconcertante contraste con lo escrito por Bolívar en su famosa última carta al General Flores [9 de noviembre de 1830] en vísperas de su muerte: ‘la América es ingobernable para nosotros, el que sirve a una revolución ara en el mar’” (Aravena 218). Frente a este contraste, Aravena sostiene que la conciencia histórica de Bolívar era ilustrada –“se debe al futuro y, por lo tanto, se excluye *a priori* cualquier difusión pública del pesimismo” (Aravena 218-219)–, por eso “la adecuada comprensión del pensamiento político de Bolívar ha de efectuarse respetando la diferenciación de planos

(público y privado) que él mismo se impuso. (...) El pesimismo privado y el optimismo público eran exigencias tanto de filósofos como de políticos. Lo de Bolívar era, en rigor, un ‘pesimismo ilustrado’” (Aravena 219). En definitiva, aquel último texto de Bolívar, aclara Aravena, fue generalmente “reivindicado por un bolivarismo conservador y escondido por el progresismo de izquierda” (Aravena 210). Así, el autor escapa de esas dos grandes perspectivas, proponiendo una alternativa: una interpretación no conservadora, no pesimista, y no resignada, del “pesimismo” del “último Bolívar”.

Dra. Gilda Bevilacqua

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, Argentina

 [0000-0003-2117-5152](https://orcid.org/0000-0003-2117-5152)

